

ALINE HELG

LIBERTAD E IGUALDAD
EN EL CARIBE COLOMBIANO
1770-1835



bi-
CENTENARIO DE UNA
NACIÓN EN EL MUNDO



Helg, Aline, 1953-

Libertad e igualdad en el Caribe colombiano 1770-1835 / Aline Helg. --Medellín : Fondo Editorial Universidad EAFIT, 2010.

530 p. ; 24 cm.

Incluye bibliografía e índice.

ISBN 978-958-720-075-1

1. Afrocolombianos – Historia - Caribe (Región) - 1770-1835 2. Esclavitud - Historia - Caribe (Región) - 1770-1835 3. Afrocolombianos - Condiciones sociales - Caribe (Región) - 1770-1835 4. Discriminación racial - Caribe (Región) - 1770-1835
I. Tít. 305.80098611 cd 21ed.

A1268238

CEP-Banco de la República-Biblioteca Luis Ángel Arango

LIBERTAD E IGUALDAD EN EL CARIBE COLOMBIANO 1770-1835

Primera edición: mayo 2011

© Aline Helg

© Fondo Editorial Universidad EAFIT

Carrera 49 #7 sur 50, Medellín.

E-mail: fonedit@eafit.edu.co

ISBN: 978-958-720-075-1

Diseño de colección: Miguel Suárez / Diseño Gráfico

Ilustración de carátula: Rigoberto Bonne, “Carte de la Terre Ferme, de la Guayane et du Pays des Amazones” [París, 1785], en: Eduardo Acevedo Latorre, comp., *Atlas de mapas antiguos de Colombia. Siglos XVI a XIX*, 3a ed., Bogotá, s. e., 1986.

Editado en Medellín, Colombia

Ahora, la noche subía del suelo mismo y empezaba a anegarlo todo, muertos y vivos, bajo el maravilloso cielo siempre presente. No, nunca conocería a su padre, que seguiría durmiendo allá, el rostro perdido para siempre en la ceniza. Había un misterio en ese hombre, un misterio que él siempre había querido penetrar. Pero al fin el único misterio era el de la pobreza, que hace de los hombres seres sin nombre y sin pasado, que los devuelve al inmenso tropel de los muertos anónimos que han construido el mundo, desapareciendo para siempre

Albert Camus, El primer hombre

*Para mi hija, Malika Natasha Helg
En memoria de Dora Röthlisberger y Soledad Ruiz Niño*

ADVERTENCIA

Algunas partes de este libro se han reimpresso, revisadas, en los siguientes artículos y capítulos: “Simón Bolívar and the Fear of *Pardocracia*: José Padilla in Post-Independence Cartagena”, *Journal of Latin American Studies*, Reino Unido, Cambridge Journals, agosto de 2003, vol. 35, núm. 3, pp. 447-471; “A Fragmented Majority: Free ‘of All Colors’, Indians and Slaves in Caribbean Colombia during the Haitian Revolution”, en: *The Impact of the Haitian Revolution in the Atlantic World*, ed.: David Geggus, Columbia, University of South Carolina Press, 2001, pp. 157-75; y “The Limits of Equality; Free People of Color and Slaves during the First Independence of Cartagena, Colombia, 1810-1815”, *Slavery and Abolition*, Londres, Taylor y Francis, agosto 1999, núm. 20, pp. 1-30.

AGRADECIMIENTOS

No es fácil agradecer en pocas palabras a todas las personas que me ayudaron en el largo camino de la investigación, la redacción y la publicación original en inglés y la traducción en español de este libro. Entre ellas se destacan en primer lugar David Bushnell, que leyó dos veces todo el manuscrito con los ojos del colombiano y del latinoamericanista, prestando una atención inestimable tanto al marco general como a los detalles, y Karen Carroll, que meticulosamente lo editó, no sólo durante mi residencia en el National Humanities Center (Triangle Park, Carolina del Norte), sino también luego de mi regreso a Austin, Texas. Estoy inmensamente agradecida con Eduardo Posada-Carbó, Matt Childs y Mauricio Tenorio Trillo por la cuidadosa lectura que hicieron del manuscrito y por sus comentarios particularmente enriquecedores. Agradecimientos especiales también para Kathryn Burns, Eduardo Restrepo, Michael Hanchard, Norman Whitten, Denise Spellberg, K. Russell Lohse y Jeanne Helg-Emery por su estimulante lectura de capítulos específicos. Doy gracias a los estudiantes de mi seminario “Postslavery Afro-Latin-America”, en particular a Rachel Pooley y a Mauricio Pajón, por sus comentarios acerca de la conclusión comparativa. Agradezco a Susan Long por su dibujo a mano de los mapas y la gráfica y a Joseph Sánchez por la referencia para la Ilustración 3.2 (Uniforme de los milicianos pardos y morenos). En The University of North Carolina Press, que publicó el libro original en inglés, agradezco a Elaine Maisner por su fe permanente en mi manuscrito y a Stevie Champion por su cuidadosa edición.

Una interpretación preliminar de la historia social de Cartagena fue publicada en la revista *Slavery and Abolition*, por lo cual doy gracias a Anthony McFarlane, que hizo comentarios muy constructivos. Partes de algunos capítulos fueron presentadas inicialmente en conferencias y más tarde publicadas en volúmenes editados. Agradezco a Adolfo Meisel Roca y a Haroldo Calvo Stevenson por invitarme al tercero y al cuarto simposios sobre la historia de Cartagena de Indias en los siglos XIX y XVIII respectivamente. Mis agradecimientos a David Geggus por su invitación a la conferencia “The Impact of the Haitian Revolution in the Atlantic

World” en el College of Charleston, Carolina del Sur, y a Gonzalo Sánchez y María Emma Wills por invitarme al simposio “Museo, memoria y nación”, en Bogotá. Agradezco a Nils Jacobsen por su invitación a la conferencia “Political Cultures in the Andes, 1750-1950” en la Universidad de Illinois en Urbana-Champaign y por sus comentarios estimulantes sobre mi artículo.

A Franklin W. Knight le debo honda gratitud por su amistad y su inspiradora confianza en este proyecto. Muchos amigos y colegas me ayudaron prestándome apoyo intelectual y dándome aliento: Thomas y Carolyn Palaima, Peter Jelavich, Charlie Hale, Virginia Hagerty, Margo Gutiérrez, Milton Jamail, Jonathan Brown, Edmund Gordon, Robert Abzug, James Sidbury de la Universidad de Texas en Austin y Francisco A. Scarano de la Universidad de Wisconsin en Madison. Mi investigación en Bogotá no habría sido posible sin la ayuda experta de Guiomar Aya Dueñas. Allí aprendí mucho de las conversaciones que tuve con Fabio Zambrano, Guiomar Dueñas Vargas y Fernán González, así como con Dora Röthlisberger, Orlando Fals Borda y Manuel Zapata Olivella, tristemente ya fallecidos. En Cartagena, mis agradecimientos a Gloria Bonilla, Álvaro Casas, Edgar Gutiérrez, el padre Efraín Aldana del Centro Afro-Caribe y Alfonso Múnera; y en Barranquilla, a Aquiles Escalante y Dolcey Romero.

Por su atenta ayuda cuando realizaba la investigación, quisiera agradecer al personal de varios archivos y bibliotecas: la Benson Latin American Collection de la Universidad de Texas en Austin, el Archivo Histórico Nacional de Colombia y la Biblioteca Nacional de Colombia en Bogotá, el Archivo Histórico de Cartagena, el Archivo Eclesiástico de Santa Marta, el Archivo General de Indias en Sevilla, el archivo del Ministère des Affaires Étrangères en París y el Public Record Office en Londres. Mis agradecimientos también al padre José Marino Pineda, que me abrió los archivos de la arquidiócesis y las parroquias de Cartagena y me permitió trabajar en su despacho mientras él atendía a sus feligreses.

Estoy en deuda con las instituciones que generosamente financiaron la investigación para este proyecto: el Fondo Nacional Suizo para la Investigación Científica, la American Philosophical Society, el Center for African and African American Studies y el Institute of Latin American Studies (Fondo Mellon) de la Universidad de Texas en Austin. Realicé parte de la redacción gracias a una beca de residencia en el National Humanities

Center en Carolina del Norte, financiada por el National Endowment for the Humanities de Estados Unidos, y a un Faculty Research Assignment de la Universidad de Texas en Austin. En enero de 2006 fui honrada por mi libro con el premio J. E. Fagg de la Association of American Historians, que recompensa “la mejor publicación sobre la historia de España, Portugal o América Latina”, lo cual me dio inmensa alegría y ánimo.

Finalmente, mi trabajo no habría sido completo sin que llegara en español a los lectores colombianos. En esta última etapa conté con el gran apoyo de Margarita Garrido Otoya, Jorge Orlando Melo, Adolfo Meisel y Alberto Abello. Mi reconocimiento va también para el Banco de la República, en particular Ángela Pérez Mejía y Yolima Arias Azcuénaga, en su Subgerencia Cultural, y para el Fondo Editorial de la Universidad EAFIT con su directora, Ana María Cano Posada, por financiar y realizar conjuntamente esta publicación. Agradezco igualmente a Germán González Correa por su traducción del inglés al español, afianzada con ayuda de Beatriz Peña y Juan José Arango.

La realización de este libro, como la de muchos otros, fue un viaje personal. Estoy muy agradecida con mi madre, Jeanne Helg-Emery, por haber sido una abuela generosa en momentos de intensa actividad de investigación y redacción. El libro está dedicado a mi hija, Malika. Gracias a su compañía de comienzo a fin y a través de dos continentes, este viaje fue además una aventura llena de alegrías y descubrimientos. Este libro también está dedicado a la memoria de Dora Röthlisberger y Soledad Ruiz Niño, que desde mi primera estadía en Bogotá entre 1979 y 1981, cuando investigaba para mi tesis doctoral, me ofrecieron su amistad y compartieron conmigo sus invaluable conocimientos sobre Colombia.

TABLA DE CONTENIDO

INTRODUCCIÓN.....	25
La invisibilidad de los colombianos afrocaribeños	27
Orígenes de la omisión del componente afrocaribeño de Colombia	34
Historiografía	40
Propósito y resumen	45
CAPÍTULO 1. LAS FRONTERAS	51
Naciones indígenas	51
Rochelas y palenques.....	55
El desafío de la frontera.....	63
España contra las naciones indias	65
Las campañas de España contra las rochelas y los palenques....	72
Protesta	80
CAPÍTULO 2. EL CAMPO	89
La población.....	90
Los hacendados	100
Las cuestiones controvertidas de la agricultura y el comercio ...	107
La presencia del Estado	113
La Iglesia	117
Rebelión	123

Resistencia.....	130
Contrabando	137
Ocupación ilegal de tierras y fuga.....	140
La contracultura	143
CAPÍTULO 3. LAS CIUDADES	151
Cinco ciudades	152
Élites blancas	165
Raza y estatus.....	169
Carnavales y fiestas.....	181
Milicianos de color	185
Mujeres de color.....	193
Esclavos.....	199
CAPÍTULO 4. LA PRIMERA INDEPENDENCIA	219
Ciudades independientes.....	219
Bastiones realistas.....	236
Orden y revolución.....	242
La guerra	255
Hombres libres de color.....	262
Mujeres	267
Esclavos.....	270
Indios	273
Villas y pueblos.....	274
La reconquista de España	277

CAPÍTULO 5. IGUALDAD Y LIBERTAD BAJO LA REPÚBLICA.....	287
La Constitución de 1821	288
La sociedad de la posguerra.....	296
Políticas dirigidas a los esclavos.....	301
Políticas indígenas	306
Políticas rurales	308
El enfoque de la Iglesia	315
Expectativas y dificultades de los pardos	320
La lucha por la supervivencia	326
Contracultura.....	335
CAPÍTULO 6. LOS DESAFÍOS PARDOS Y LIBERALES AL PROYECTO DE BOLÍVAR	343
El desafío pardo de Padilla	345
La solución constitucional de Bolívar	353
El desafío de Padilla a Bolívar.....	359
El fracaso de Padilla	366
Lo antiguo y lo nuevo en la Cartagena de Padilla	369
Ciudades en declive, villas en ascenso	381
El desafío santanderista a Cartagena	387
La revolución de los liberales del Bajo Magdalena.....	393
El triunfo liberal	399
CONCLUSIÓN. UNA PERSPECTIVA PANAMERICANA.....	411
Fragmentación y alineamiento	412
Usurpación y mestizaje	415

Igualdad constitucional con esclavitud.....	418
De milicianos de todos los colores a soldados.....	425
En espera de la Revolución haitiana	430
Una jerarquía racial difusa aunque perdurable	437
Patronazgo y fiestas	441
La influencia de las mujeres	447
Fronteras y contrabando.....	451
BIBLIOGRAFÍA.....	457
ÍNDICE ONOMÁSTICO Y TEMÁTICO	491

ÍNDICE DE ILUSTRACIONES

1.1 Familia de pescadores indios en el río Magdalena.....	60
2.1 Bogas en el río Magdalena	132
3.1 Comedor en Santa Marta	161
3.2 Uniforme de los milicianos pardos y morenos de la artillería de Cartagena de Indias	188
3.3 Mercado de Mompox.....	195
4.1 Portada de la Constitución del Estado de Cartagena de 1812 ...	236
5.1 Mujeres a la orilla del río Magdalena	329
5.2 Velorio de un niño	336
6.1 General José Padilla.....	347
6.2 Los últimos días del general Simón Bolívar en Santa Marta	390

ÍNDICE DE MAPAS, CUADROS Y TABLAS

La Nueva Granada en el Caribe y Suramérica	31
1.1 Naciones indias, asentamientos fortificados, palenques y rutas de contrabando en la Nueva Granda caribeña, alrededor de 1770.....	53
1.2 Campañas de reasentamiento forzado en la Nueva Granada caribeña, 1740-1780	64
2.1 Composición racial de la Nueva Granada caribeña según el censo de 1777-1780	91
2.2 Mapa político de la Nueva Granada caribeña.....	92
2.3 Población de la Nueva Granada caribeña por raza y género, 1777-1780.....	97
3.1 Cartagena y Getsemaní, 1808	155
5.1 Población de la Gran Colombia, por país y casta.....	292

ABREVIATURAS

Colombia

Archivo del arzobispado de Cartagena – ACC

Archivo eclesiástico de Santa Marta – AESM

Archivo histórico de Cartagena – AHC

Fondo gobernación – FG

Serie justicia – Justicia

Archivo Histórico Nacional de Colombia, Bogotá – AHNC

Sección Colonia – CO

Fondo aduana – AD

Fondo caciques e indios – CI

Fondo censos varios departamentos – CV

Fondo genealogías – GN

Fondo miscelánea – MI

Fondo negros y esclavos – NE

Sección República – RE

Fondo asuntos criminales – AC

Archivo Restrepo – AR

Fondo curas y obispos – CB

Fondo censos – Censos

Fondo guerra y marina – GM

Fondo historia – HI

Fondo negocios judiciales – NJ

Archivo de la parroquia de la Catedral, Cartagena – APC

Archivo de la parroquia de la Santísima Trinidad, Getsemaní – APST

Biblioteca Nacional de Colombia, Bogotá – BNC

Sala manuscritos – SM

Sala Pineda – SP

Sala Samper – SS

Francia

Ministère des Affaires Etrangères, Paris – MAE-Paris

Correspondance Consulaire, Colombia, Carthagène – CCC

Misión Diplomatique – MD

Gran Bretaña

Public Record Office, Londres – PRO

Foreign Office Papers – FO

España

Archivo General de Indias, Sevilla – AGI

Papeles de Cuba – Cuba

Estado – Estado

Audiencia de Santa Fe – Santa Fe

Archivo General de Simancas – AGS

Secretaría de Guerra

Estados Unidos

National Archives, Washington, D. C. – NA

Despatches from the U. S. Consuls in Cartagena,
1882-1906 [microcopia] – DCC

INTRODUCCIÓN

En 1991 Colombia adoptó una nueva Constitución democrática y pluralista que reconoce la diversidad étnica y cultural del país, protege a las minorías y valora la existencia de indios en la nación asignando a las comunidades indígenas dos escaños en el Senado.¹ La nueva Constitución señala el fin de la Carta Magna de 1886, que por más de un siglo mantuvo a los colombianos bajo un sistema político altamente centralizado que desconocía la diversidad. Su adopción admite que las fuerzas del regionalismo le han ganado al centralismo y que el proceso de blanqueamiento de la población colombiana a través del mestizaje y la educación católica no se ha logrado por completo. Con la creación de dos curules en el Senado para las comunidades indias, la Constitución de 1991 reconoce la larga tradición de organización de los indios, que se han aferrado a su tierra, sus tradiciones y su lengua desde la Conquista. Sin embargo, la nueva carta política no cuestiona la imagen de Colombia como una nación patriarcal mestiza (de ascendencia europea e india). Tampoco rompe el silencio que las élites colombianas han mantenido desde comienzos del siglo XIX sobre la contribución sustancial de la población de ascendencia africana a la formación de la nación, excepto en el Artículo Transitorio 55. Este artículo, adoptado con renuencia por la Asamblea Constituyente de 1991 como respuesta a la movilización de las organizaciones negras de base sin representación, anunciaba que en el transcurso de dos años el Gobierno legalizaría la tenencia de tierras comunales tradicionales de las “comunidades negras” localizadas en la costa del Pacífico.²

¹ *Constitución política de Colombia, 1991*, México, D. F., Universidad Autónoma de México - Fondo de Cultura Económica, 1994; *v. t.* Enrique Sánchez S., Roque Roldán y María Fernanda Sánchez, *Derechos e identidad: Los pueblos indígenas y negros en la Constitución política de Colombia de 1991*, Bogotá, Disloque, 1993.

² E. Sánchez, R. Roldán, y M. F. Sánchez, *op. cit.*, p. 110; Jaime Arocha Rodríguez, “Afro-Colombia Denied”, *Report on the Americas*, Nueva York, North America Congress on Latin America, febrero 1992, núm. 25, p. 30; Peter Wade, *Blackness and Race Mixture: The Dynamics of Racial Identity in Colombia*, Baltimore, Johns Hopkins University

A mediados de 1993, después de mucho cabildeo de activistas, los negros colombianos finalmente obtuvieron algún reconocimiento legal con la Ley 70 de Negritudes. Esta ley se centra en las “comunidades negras” de las hoyas de los ríos de la cuenca del Pacífico; reconoce su propiedad de las tierras comunitarias ancestrales y protege su identidad cultural.³ Sin embargo, al dar énfasis a la “ascendencia afrocolombiana”, la homogeneidad y la singularidad cultural, así como a la ubicación en una región ribereña rural específica, excluye de hecho a los negros de otras zonas y deja también por fuera de la “negritud” a los pardos (de ascendencia africana mezclada), a los zambos (de ascendencia africana e indígena) y a los mulatos (de ascendencia africana y europea). Es interesante ver que los colombianos de ascendencia africana parcial de otras partes del país no protestaron por estas omisiones. Tampoco aprovecharon las oportunidades ofrecidas por la Ley de Negritudes, que garantizaba tanto tierra como derechos políticos y culturales para cuestionar su determinismo racial, étnico y regional y exigir derechos similares para sí mismos. Sólo unos cuantos intelectuales mulatos de la costa del Caribe trataron de beneficiarse, con poco éxito, del movimiento que llevaría a esta ley, para despertar la conciencia racial de las personas de ascendencia africana parcial.⁴

Mientras que la Constitución de 1991 permitió a los indios, que conformaban tan sólo el 2% de la población colombiana, tener de manera permanente dos de las 100 curules en el Senado y obtener la propiedad comunitaria del 22% del territorio nacional, la Ley 70 se tradujo en pocos cambios para la mayoría de los afrocolombianos.⁵ Además de los mora-

Press, 1993, pp. 352-355; y Nina S. de Friedemann y Jaime Arocha, “Colombia”, en: *No longer invisible: Afro-Latin Americans Today*, Londres, Minority Rights Group, pp. 68-69.

³ Carlos Calderón, ed., “Ley 70 sobre negritudes aprobada por el Congreso en 1993”, en: *Investigaciones históricas y temas económicos*, Cali, Claridad, 1993, pp. 119-211.

⁴ Manuel Zapata Olivella, *La rebelión de los genes: El mestizaje americano en la sociedad futura*, Bogotá, Altamir, 1997, pp. 63-69; y Valentín Moreno Salazar, *Negritudes*, Cali, xyz, 1995.

⁵ Christian Gros, “Noirs, indiens et créoles en Amérique Latine et aux Antilles: Identité sociale et action collective”, *Cahiers des Amériques Latines*, París, Institut des Hautes Études de l’Amérique Latine, Université de la Sorbonne Nouvelle - Paris III, 1994, núm. 17, p. 60.

dores ribereños de la cuenca del Pacífico que encontraron un camino a la propiedad comunal de la tierra, en el Caribe colombiano los descendientes del palenque de San Basilio, una antigua comunidad de cimarrones cerca de Cartagena, han asegurado para sí mismos la exclusividad de la “negritud” de la región. Pero, al mismo tiempo, la inmensa mayoría de los negros del Caribe colombiano ha sido excluida de la negritud “étnica” de los palenqueros y de los beneficios de la Ley 70, y continúa enfrentando la discriminación racial sin protección legal.⁶ Podría decirse que el principal logro de la Ley de Negritudes ha sido el hecho de sacar a algunos negros colombianos de la “invisibilidad” (para usar una palabra de la antropóloga Nina S. de Friedemann) a la que estaban sometidos desde la Independencia y, con ello, iniciar un debate nacional sobre los temas de la raza y el racismo.⁷

LA INVISIBILIDAD DE LOS COLOMBIANOS AFROCARIBEÑOS

La invisibilidad de los negros colombianos contrasta marcadamente con el hecho de que Colombia cuenta hoy con la tercera población más grande de origen africano en el hemisferio occidental, después de Brasil y Estados Unidos. Aunque los mestizos conforman el grupo racial más numeroso entre los 44 millones de habitantes del país, casi uno de cada tres colombianos es de ascendencia africana “pura” o mezclada.⁸ La costa del Caribe es la región de Colombia con mayor densidad de población de ascendencia africana mezclada; incluye también enclaves negros compuestos por antiguos palenques (comunidades de cimarrones formadas durante el período colonial). Las tierras bajas poco pobladas del Pacífico son la región “más negra” de Colombia, donde cerca del 90% de la población es de origen africano “puro” o mezclado. Las comunidades negras y las

⁶ Elisabeth Cunin, “Le métissage dans la ville : Apparences raciales, ancrage territorial et construction de catégories à Cartagena (Colombie)”, [tesis doctoral], Toulouse, Université de Toulouse le Mirail, 2000, pp. 230-242.

⁷ Nina S. de Friedemann, “Negros en Colombia: Identidad e invisibilidad”, *América Negra*, Bogotá, Pontificia Universidad Javeriana, 1992, núm. 3, pp. 25-35.

⁸ En 1970, el 48% de los colombianos estaba clasificados como mestizos; el 24%, mulatos; el 20%, blancos; el 6%, negros; y el 2%, indígenas (Colombia, *Atlas básico de Colombia*, tomo II, Bogotá, Instituto Geográfico Agustín Codazzi - Banco de la República, 1970). Atlas más recientes no contienen información sobre razas.

personas de ascendencia africana parcial son también numerosas en el sur, particularmente en el Alto Valle del Cauca y en la hoya del río Patía, así como en la región central del río Magdalena.

Sin duda alguna, la tradición de dos siglos en los que se ha presentado a Colombia como una nación mestiza ha contribuido en gran medida a la invisibilidad de los negros colombianos. El discurso andino dominante sobre el mestizaje, que en el fondo tiene como meta el blanqueamiento de la población y la desaparición de los negros “puros” y de los indios, ha restringido severamente las maneras mediante las cuales los afrocolombianos pueden expresar su singularidad sin excluirse a sí mismos de la nación. Ese discurso los ha llevado a minimizar su identidad racial y el papel de la exclusión racial en la formación de la nación. Más aún, la larga insistencia en considerar a Colombia una nación mestiza –euro-india– ha subestimado siempre el componente africano. De manera que, a diferencia de sus semejantes en Cuba, Brasil y Estados Unidos, pocos colombianos de ascendencia africana mezclada se han identificado con sus orígenes africanos y con la negritud. De hecho, sólo los colombianos de ascendencia africana “pura” de Chocó, la costa del Pacífico y algunos enclaves negros, como el palenque de San Basilio y el valle del río Patía, cerca de Popayán, han tendido a afirmar su negritud. Pero, incluso en la región del Pacífico, la identidad étnica o racial sigue siendo débil y fragmentada. Allí, a diferencia de las comunidades indias que reclaman su singularidad étnica para justificar colectivamente derechos especiales, los afrocolombianos han buscado históricamente “amalgamarse” de manera discreta en lugar de afirmar su diferencia. De esta manera, las organizaciones negras formadas hace poco tiempo no han contado con una tradición de lucha conjunta ni con una visión común para crear movimientos nacionales o regionales viables después de la Ley 70 de Negritudes.⁹

La ausencia de una identidad negra colectiva o derivada de África es particularmente notoria en la región del Caribe colombiano. Allí, las

⁹ Peter Wade, “Identités noires, identités indiennes en Colombie”, *Cahiers des Amériques Latines*, París, Institut des Hautes Études de l’Amérique Latine, Université de la Sorbonne Nouvelle - Paris III, 1994, núm. 17, pp. 125-139; y Carlos Efrén Agudelo Alvarado, “Populations noires et politique dans le Pacifique colombien: Paradoxes d’une inclusion ambiguë” [tesis doctoral], París, Université de la Sorbonne Nouvelle - Paris III, 2002.

personas de ascendencia africana mezclada componen la mayoría de la población y tuvieron una larga historia de estrecha interacción con el mundo afrocaribeño hasta comienzos del siglo xx, cuando el transporte por carretera, y más tarde el aéreo, mejoró las conexiones con el interior andino. Este abandono de la identidad afrocaribeña se ha hecho manifiesto en los términos que tradicionalmente se utilizan para definir a la población de la región –los costeños– y a la región misma –la costa, o la costa atlántica–, lo mismo que en los estudios sobre su particularismo. En *Costeñismos colombianos*, el sacerdote cartagenero Pedro María Revollo fijaba la raíz de la idiosincrasia del lenguaje de la región en sus supuestos primeros habitantes, los andaluces, sin mencionar siquiera a los indígenas o los africanos.¹⁰ Tampoco los ensayos geográficos e históricos ni las colecciones de documentos escritos por costeños en el siglo xix reconocen que la mayor parte de la población de la región era de ascendencia africana.¹¹ Sin duda, estos trabajos ofrecen una información insustituible para el estudio de la región y de sus habitantes, siendo el primer intento costeño después de la Independencia de contrarrestar las historias centradas en lo andino y presentar la nación y su historia desde una perspectiva exclusiva de la región del Caribe.¹² Cuando se considera que, sintomáticamente, la expedición científica más importante durante este período, la Comisión Corográfica (1850-1859), liderada por el geógrafo Agustín Codazzi, no cubrió la región del Caribe, estos trabajos resultan irremplazables. No obstante, los autores se centraron en la élite blanca e incluyeron a la

¹⁰ Pedro María Revollo, *Costeñismos colombianos o apuntamientos sobre lenguaje costeño de Colombia*, Barranquilla, Talleres tipográficos de la Editorial Mejoras, 1942, p. vi.

¹¹ Juan José Nieto, “Geografía histórica, estadística y local de la provincia de Cartagena, República de la Nueva Granada descrita por cantones”, pp. 119-208; y “Bosquejo histórico de la revolución que regeneró al Estado de Bolívar”, pp. 51-115; ambos en: *Selección de textos políticos, geográficos e históricos*, ed.: Gustavo Bell Lemus, Barranquilla, Gobernación de Atlántico, 1993; Manuel Ezequiel Corrales, ed., *Documentos para la historia de la provincia de Cartagena de Indias, hoy estado soberano de Bolívar en la Unión colombiana*, Bogotá, Imprenta de Medardo Rivas, 1883; y Manuel Ezequiel Corrales, ed., *Efemérides y anales del estado de Bolívar*, Bogotá, Casa editorial de J. J. Pérez, 1889; y José Urueta, comp., *Documentos para la historia de Cartagena*, Cartagena, Tipografía de Antonio Araújo, 1887-1891.

¹² Eduardo Acevedo Latorre, comp., Colombia, *Jeografía física i política de las provincias de la Nueva Granada*, Comisión Corográfica bajo la dirección de Agustín Codazzi, 1856, reimpresión: Bogotá, Banco de la República, 1957-1959.

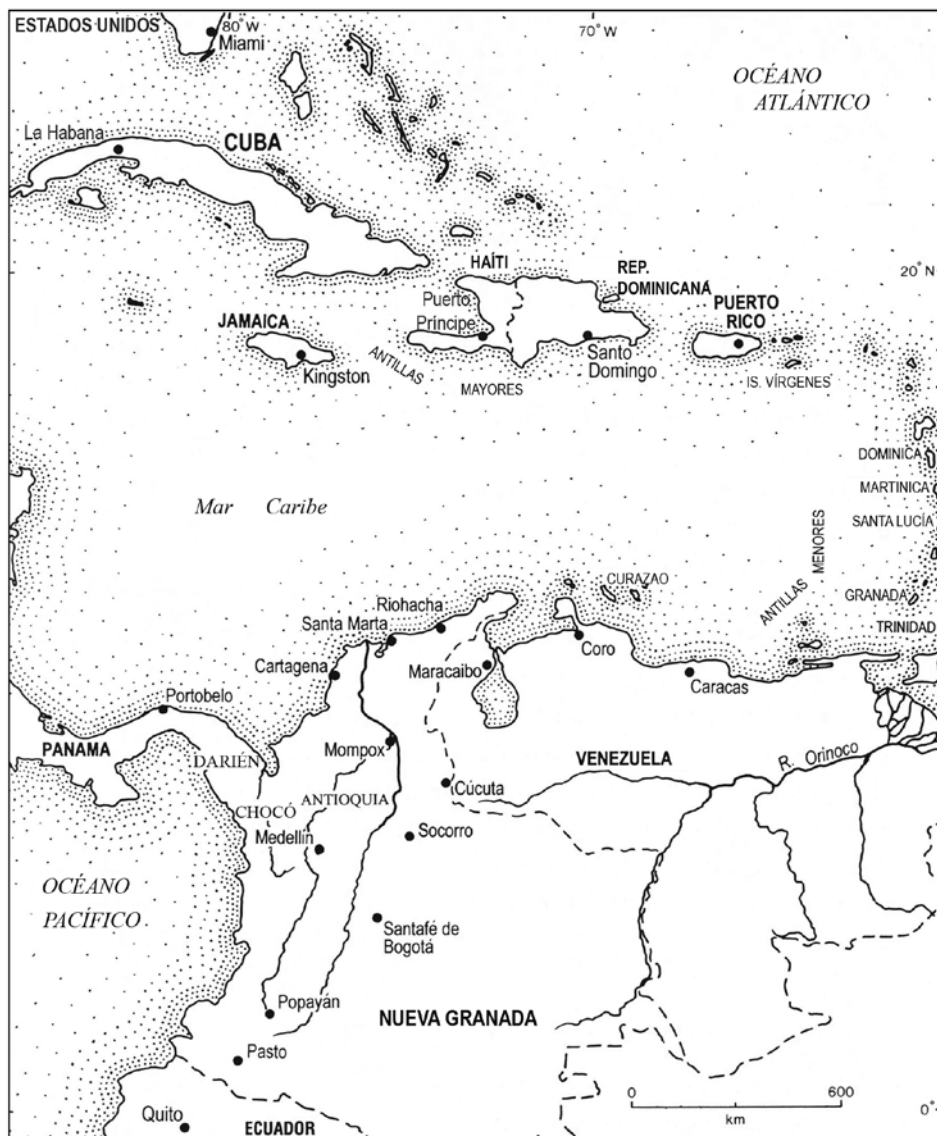
población de las clases populares, en su inmensa mayoría de ascendencia africana e indígena, sólo como participantes anónimos en segundo plano. Simultáneamente, sin embargo, los colombianos andinos han mostrado una inclinación a clasificar racialmente la imagen de sus conciudadanos caribeños, a quienes comúnmente han descrito como mulatos o pardos. Hasta la década del setenta del siglo xx, los autores y escritores andinos de textos escolares atribuían a menudo a los costeños las características psicosociales contradictorias impuestas a los mulatos por el racismo pseudo-científico: perezosos pero a la vez activos, intrépidos pero irresponsables, amantes de la diversión, promiscuos y ruidosos.¹³ Según el antropólogo Peter Wade, estos estereotipos alimentaron las percepciones de los colombianos andinos acerca de los costeños a mediados del siglo xx y aún hoy existen.¹⁴ A partir de finales de la década de 1970, los historiadores de la región han reclamado enérgicamente su identidad caribeña, renombrándola como Caribe colombiano. No obstante, con excepción de Alfonso Múnera, se han mostrado menos dispuestos a destacar la importancia del componente africano en su conformación racial y, por consiguiente, a discutir el papel de la raza y el racismo en el desarrollo histórico de la región.¹⁵

¹³ V. Aline Helg, “Los intelectuales frente a la cuestión racial en el decenio de 1920: Colombia entre México y Argentina”, *Estudios Sociales*, Medellín, Fundación Antioqueña para los Estudios Sociales (FAES), núm. 4, marzo de 1989, pp. 37-53; A. Helg, “Esclavos y libres de color, negros y mulatos en la investigación y la historia de Colombia”, *Revista Iberoamericana*, Pittsburgh, Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana, julio-diciembre 1999, vol. 65, núm. 188-189, pp. 699-702; P. Wade, *Blackness and Race Mixture: The Dynamics of Racial Identity in Colombia*, Baltimore, Johns Hopkins University Press, 1993, pp. 12-19; y P. Wade, *Music, Race and Nation: Música Tropical in Colombia*, Chicago, University of Chicago Press, 2000, pp. 32-36 y 42-47. Para una descripción poco frecuente en el siglo XIX de los esclavos africanos y sus descendientes como productores de riqueza económica y actores del proceso de independencia de Colombia, v. Salvador Camacho Roldán, *Notas de viaje (Colombia y Estados Unidos de América)* [1890], reimpresión: Bogotá, Banco de la República, 1973, vol. 1, pp. 114-117.

¹⁴ P. Wade, *Music, Race and Nation: Música Tropical in Colombia*, op. cit., pp. 187-212 y 229.

¹⁵ Alfonso Múnera, *El fracaso de la nación: Región, clase y raza en el Caribe colombiano (1717-1810)*, Bogotá, Banco de la República - El Áncora, 1998.

MAPA. LA NUEVA GRANADA EN EL CARIBE Y SURAMÉRICA



La invisibilidad de los colombianos afrocaribeños es también notoria en el panteón de los héroes y líderes políticos de la región, constituido casi exclusivamente por hombres blancos. El más célebre de ellos fue Rafael Núñez (1825-1894), que pasó de ser un liberal regionalista a convertirse en el presidente de la nación que implantó la Constitución centralista y clerical de 1886.¹⁶ Entre los pocos personajes públicos que no eran blancos, el más reconocido, y el que los colombianos mencionan generalmente para ilustrar la ausencia de racismo en la nación, es el pardo claro Juan José Nieto (1804-1866), un comerciante, escritor y político de orígenes modestos, que permaneció fiel hasta su muerte a los ideales liberales de la libertad y el federalismo. Nieto se asimiló progresivamente a la élite liberal y obtuvo el rango de general por su participación en la guerra civil de los “Supremos” (1839-1842). Durante la presidencia de José Hilario López (1849-1853), Nieto se convirtió en gobernador de la provincia de Cartagena (1851-1854). Con el regreso de los conservadores al poder, en 1859 Nieto inició un golpe que ocasionó una guerra civil en el Caribe colombiano y enfrentó a la provincia de Cartagena con la Nueva Granada (como se conocía entonces a Colombia). En 1861, en la cúspide de su carrera, Nieto fue elegido presidente del estado soberano de Bolívar, cargo del que fue despojado en 1864 luego de que las provincias costeras se reintegraran a la nación. Nieto debe su éxito a sus talentos intelectuales y militares a su asimilación a la élite liberal en virtud de su matrimonio con la hija de un aristócrata patriota de Cartagena y a su capacidad de evitar sistemáticamente el tema de la raza.¹⁷

El otro político que con frecuencia es mencionado para indicar la ausencia de racismo es Luis A. Robles (1849-1899), conocido sintomáticamente en Colombia como “El negro Robles”. Nacido cerca de Riohacha, Robles se graduó en una prestigiosa universidad bogotana antes de

¹⁶ Eduardo Lemaître, *Contra viento y marea: La lucha de Rafael Núñez por el poder*, Bogotá, Instituto Caro y Cuervo, 1990; y James W. Park, *Rafael Núñez and the Politics of Colombia Regionalism, 1863-1886*, Baton Rouge, Louisiana University Press, 1949.

¹⁷ Eduardo Lemaître, *Historia general de Cartagena*, Bogotá, Banco de la República, 1983, vol. 4, pp. 171-239; E. Lemaître, *Juan José Nieto y su época*, Bogotá, Carlos Valencia, 1983; y Orlando Fals Borda, *El Presidente Nieto*, vol. 2, en: *Historia doble de la Costa*, Bogotá, Carlos Valencia, 1981.

ganarse la confianza de los habitantes del departamento de Magdalena en su cargo como secretario de educación. Liberal radical, fue electo para presidir el estado soberano de Magdalena en 1877 y, varias veces entre 1876 y 1894, para representar a su estado en el Congreso en Bogotá, donde se distinguió por su oratoria y su indoblegable radicalismo.¹⁸ Recientemente, gracias al trabajo de Múnera, algunos líderes mulatos que fueron de gran importancia para el proceso de independencia de la Nueva Granada caribeña, como Pedro Romero, organizador de los artesanos afrodescendientes contra España en 1810 (*v.* el Capítulo 4), han comenzado a tener la visibilidad histórica que merecen. A partir de la Ley de Negritudes y su aplicación exclusiva en el Caribe colombiano al palenque de San Basilio, Benkos Bioho, un antiguo rey africano y fundador mítico de San Basilio, ha encarnado al cimarrón rebelde y victorioso en los libros de texto colombianos, lo mismo que en estatuas levantadas en su pueblo y Cartagena.¹⁹ En cambio hoy, sólo unos pocos historiadores ofrecen apenas una breve mención a un personaje más controversial como José Prudencio Padilla, el pardo que tuvo un papel protagónico en la liberación de la región y Venezuela a comienzos de la década de 1820, pero que más tarde confrontó la persistente dominación de la élite colonial y despertó en el presidente Simón Bolívar los temores de una *pardocracia* (literalmente, el dominio de los pardos), lo que lo llevó a su caída y ejecución en 1828 (*v.* el Capítulo 6). A pesar de que el Congreso colombiano rehabilitó en 1831 la memoria de Padilla, su nombre ha tenido muy poco reconocimiento por fuera de algunas biografías militares.

¹⁸ Jacobo Pérez Escobar, *El negro Robles y su época*, Bogotá, Centro para la Investigación de la Cultura Negra, 2000. Aunque escrita en 1949, esta biografía, el primer estudio amplio sobre Robles, se publicó sólo en 2000, como parte de una ley aprobada por el Congreso de Colombia para honrar la memoria del político liberal. Es interesante observar que su autor, también afrocosteño, atribuye el auge excepcional de Robles al hecho de que “su idiosincrasia discrepaba en mucho de la de los habitantes de la costa caribe” porque era reflexivo, controlado y sobrio.

¹⁹ Aquiles Escalante, “Notas sobre el palenque de San Basilio, una comunidad negra de Colombia”, *Divulgaciones etnológicas*, Barranquilla, Universidad de Atlántico, 1954, vol. 3, núm. 5, pp. 228-229; y E. Cunin, “Le métissage dans la ville: Apparences raciales, ancrage territorial et construction de catégories à Cartagena (Colombie)”, *op. cit.*, p. 229 y 257-258. Según Fals Borda, (*Mompox y Loba*, vol. 1, en: *Historia doble de la Costa*, Bogotá, Carlos Valencia, 1979, pp.52a-56a), Bioho fundó el palenque de Mantuna, no el de San Basilio.

En 1887, la ciudad de Riohacha erigió una estatua suya, pero ningún lugar en Cartagena lleva su nombre o lo recuerda. Su casa fue demolida y remplazada, primero por una sala de cine, y más recientemente, por un centro comercial.²⁰

ORÍGENES DE LA OMISIÓN DEL COMPONENTE AFROCARIBEÑO DE COLOMBIA

Este libro busca revelar los orígenes históricos del silencio que Colombia ha mantenido sobre su dimensión afrocaribeña. Parte esencial de esta omisión ha sido el papel de la población afrodescendiente esclava y libre, las élites blancas y los indios del Caribe colombiano durante el período crucial de formación de la nación en el que el país supuestamente pasó de ser una sociedad colonial, dividida jerárquicamente en castas, a una nación independiente sin razas, fundada en el mestizaje y el blanqueamiento. Intento responder tres preguntas conexas: ¿Por qué las clases populares afrodescendientes del Caribe colombiano no desafiaron colectivamente a la pequeña élite blanca durante este proceso? ¿Por qué la raza no se convirtió en una categoría organizacional en la región? ¿Por qué la costa del Caribe se integró a la Colombia andina sin hacer valer su identidad afrocaribeña? Respondiendo estas preguntas, espero contribuir a una explicación de la persistente representación que Colombia hace de sí misma como una nación mestiza, con excepción de las comunidades indígenas y negras definidas por la Constitución de 1991 y por la Ley 70.

²⁰ El nombre completo de Padilla es José Prudencio Padilla, pero él firmaba sus cartas “José Padilla”. Ocasionalmente hay referencias a él como zambo en vez de pardo. Para menciones breves de Padilla en la trayectoria de Bolívar, v. Indalecio Liévano Aguirre, *Bolívar*, [1950], reimpresión: Caracas, Presidencia de la República - Academia Nacional de la Historia, 1988, p. 501; Gerhard Masur, *Simón Bolívar*, [1948], reimpresión: Albuquerque, University of New Mexico Press, 1968, p. 447; John Lynch, “Bolívar and the Caudillos”, *Hispanic American Historical Review*, Durham, Duke University Press, febrero 1983, vol. 63, pp. 30-31; y David Bushnell, “The Last Dictatorship: Betrayal or Consummation?”, en: *Hispanic American Historical Review*, Durham, Duke University Press, febrero 1983, vol. 63, p. 78. La biografía militar más completa de Padilla es la de Jesús Torres, *El Almirante José Padilla (epopeya y martirio)*, reimpresión: Bogotá, Fuerzas Militares, 1990. V. t. Enrique Uribe White, *Padilla: Homenaje de la armada colombiana al héroe de la batalla del lago de Maracaibo*, Bogotá, Fuerzas Militares, 1973; y Enrique Otero D’Costa, *Vida del Almirante José Padilla, 1778-1828*, reimpresión: Bogotá, Fuerzas Militares, 1973. Para una ilustración de la estatua de Padilla, v. E. Uribe, *op. cit.*, p. 380.

En la década de 1770, una quinta parte de la población de la Nueva Granada vivía en la región caribeña que se extiende a lo largo de la costa y hacia el interior.²¹ Los habitantes eran principalmente negros, mulatos y zambos libres.²² La esclavitud era, sin embargo, una característica importante de la región. La más importante ciudad de la costa, Cartagena de Indias, había sido el principal puerto de entrada de los esclavos africanos traídos por la Suramérica española, y la mayor parte de los trabajadores ocupados por las plantaciones de caña de azúcar y las haciendas ganaderas de la región eran esclavos. La Nueva Granada caribeña representaba en términos demográficos una parte importante de la diáspora africana en América. Los indios reasentados en poblados conformaban el 18% de la población, y varias naciones indias continuaban desafiando la soberanía española en la extensa periferia incontrolada. Los blancos constituían tan sólo el 11% de los habitantes de la costa, y la pequeña élite blanca de la región tenía buenos motivos para temer por su supervivencia en caso de que los afrodescendientes se rebelaran autónomamente o en alianza con los indios.

En efecto, en varias ocasiones desde el último período colonial hasta la década de 1820, las condiciones parecían propicias para una revolución social en el Caribe colombiano. La región era escenario de gran violencia, en especial de la generada por las expediciones de reasentamiento forzado adelantadas por los españoles entre 1774 y 1788, por las devastadoras guerras de independencia durante la segunda década del siglo XIX y por una guerra civil en 1831. La posición de la élite blanca estaba aún más debilitada y el control del Estado y la Iglesia católica era en muchos casos inexistente. No obstante, en ninguna parte de la región los afrodes-

²¹ El territorio considerado en este libro como la Nueva Granada caribeña comprende las tres provincias coloniales de Riohacha, Santa Marta y Cartagena, correspondientes a los actuales departamentos de La Guajira, Cesar, Magdalena, Bolívar, Sucre y Córdoba, y la parte costera del norte de Antioquia. Para la geohistoria de la región, v. Francisco Avella, “Bases geohistóricas del Caribe colombiano”, en: *Observatorio del Caribe Colombiano, Respirando el Caribe: Memorias de la cátedra del Caribe colombiano*, comp., Ariel Castillo, Bogotá, Gente Nueva, 2001, vol. 1, pp. 3-28.

²² Este libro sigue las categorías raciales mencionadas en las fuentes históricas: negros, mulatos, pardos, libres de color, entre otras.

endientes aprovecharon estas oportunidades o tomaron ventaja de su superioridad demográfica para ganar control sobre los blancos e imponer su autoridad. Tampoco intentaron unirse alrededor de la clase, el color y sus lugares de residencia, ni organizarse autónomamente o en unión con los esclavos e indios para lograr la igualdad y la libertad bajo sus propios términos.

Los afrodescendientes libres obtuvieron la igualdad legal como resultado de un proceso en el que su importancia demográfica real tuvo mucho peso, y en el cual tuvieron un papel histórico clave, junto con el Estado colonial y la élite blanca criolla. Un paso inicial hacia la igualdad racial fue la extensión de los privilegios militares a los miembros de las milicias de pardos y morenos (negros), también llamadas “milicias de todos los colores”, que realizó el rey de España en la década de 1770. Un segundo paso, en 1811, fue la decisión de la élite blanca criolla cartagenera de admitir en el conjunto de los ciudadanos a los “libres de color”, o sea a los hombres libres de ascendencia africana “pura” o mezclada, oponiéndose a la decisión de las cortes españolas de otorgar el sufragio sólo a los españoles, indios y mestizos. Un tercer paso, en la década de 1820, fue la supresión de cualquier referencia a la raza en los derechos y deberes de los hombres libres en la Constitución y las leyes colombianas. Estos tres pasos fueron afianzados por los libres de color, que hicieron valer efectivamente su igualdad al participar en el desarrollo socioeconómico y político de la región y su defensa militar. En algunas ciudades realizaron demostraciones masivas para obligar a los Concejos Municipales a declarar la independencia en 1810-1811. Igualmente, muchos afrodescendientes libres participaron en los ejércitos que lucharon contra España hasta comienzos de la década de 1820, y algunos de ellos obtuvieron como resultado cargos militares de alto rango. Sin embargo, la mayoría de las manifestaciones a favor de la independencia realizadas por libres de color no surgieron de su propia iniciativa sino que fueron parte de un movimiento organizado por aristócratas radicales. Más aún, el alistamiento en los ejércitos independentistas se imponía en muchos casos a los hombres de manera violenta. Adicionalmente, en la Nueva Granada caribeña (a diferencia del sur de la Nueva Granada) los esclavos no se rebelaron colectivamente para acelerar su emancipación, ni tampoco los libres de color exigieron la abolición. De hecho, la esclavitud fue abolida sólo en 1852, cuando casi se había venido abajo por factores como

la virtual desaparición del comercio de esclavos en la década de 1790, la turbulencia de las guerras de independencia, la muerte natural, la Ley de Vientres Libres de 1821 y la presión británica, así como la autocompra y la oferta de libertad hecha a los esclavos hombres que se unieron a los ejércitos españoles y patriotas.

Este libro muestra que, a lo largo del período estudiado (1770-1835), los afrodescendientes del Caribe colombiano eligieron diversas formas de rebelión, resistencia y adaptación, ninguna de las cuales se basó en la raza o comprendió la región entera. Utilizaron una amplia combinación de estrategias individuales, locales o transitorias, tales como la fuga, las acciones legales, las redes de patronazgo, el parentesco ritual, la manipulación de las divisiones de la élite, el apoyo negociado a los líderes políticos y las exhibiciones de fuerza. La raza tampoco se convirtió en una categoría de organización porque la pequeña élite blanca, que nunca llegó a convertirse en una clase de hacendados exportadores, era demasiado débil y dividida como para lograr articular una ideología racial como medio de opresión. En lugar de eso, para mantener su poder, las élites blancas otorgaron al comienzo de la Independencia la igualdad a todos los hombres de color libres y dependieron continuamente de redes de patronazgo que incluían afrodescendientes de las clases populares. La debilidad, la división y la omisión de ideologías racistas por parte de la élite de la sociedad reflejaban características similares en los estratos bajos: localismo, rivalidades internas y silencio sobre el tema de la raza. Las estrategias utilizadas por los afrocaribeños de la Nueva Granada trajeron como resultado una movilidad social individual y esferas específicas de autonomía popular, especialmente en la cultura, pero conspiraron a la vez contra la formación de un consenso sociopolítico autónomo para mejorar colectivamente las condiciones de los afrodescendientes y los miembros de las clases populares en general. En otras palabras, a pesar de que en la región se usaron ampliamente formas creativas de supervivencia, adaptación, aquiescencia y resistencia, y de que éstas pudieran ser efectivas individualmente, su impacto sobre las estructuras económicas y la jerarquía sociorracial fue limitado. Los indios tuvieron mayor éxito luchando conjuntamente, pero sus victorias fueron locales o se dieron en las zonas de frontera. La élite regional no pudo unirse y superar su provincialismo para dirigir la formación de una entidad caribeña fuerte. El fracaso de las clases alta y

baja en la construcción de la región caribeña permitió a la élite del interior andino construir la nación colombiana como andina, blanca y mestiza y minimizar su elemento afrocaribeño.

Varios factores ayudan a explicar estos acontecimientos. El territorio de la Nueva Granada se hallaba profundamente fragmentado, carecía de una red integrada de comunicaciones y estaba rodeado por una frontera extensa e incontrolada. Como resultado, la gente tendía a identificarse más con ciudades, pueblos y poblados individuales que con la región del Caribe o con la Nueva Granada en general. Además, la tradicional competencia entre Cartagena y Santa Marta por el monopolio del comercio exterior y el dominio de la región impidió que otros pueblos y poblaciones se unieran en contra de la dependencia del centro andino y propició, por el contrario, que se opusieran o se alinearan con Cartagena o Santa Marta, de acuerdo con las circunstancias, lo que condujo a una guerra civil durante la lucha por la independencia y a otra más en 1831. Por otra parte, la identificación de la gente con comunidades locales, concebidas todavía como entidades corporativas jerárquicas dirigidas por élites blancas, obstaculizó la organización local y regional bajo criterios de clase o raza.

Durante todo el período estudiado (1770-1835), la supervisión del Estado y la Iglesia apenas si se extendía más allá de un pequeño número de ciudades importantes y hacía que la mayoría de poblados, haciendas de esclavos y zonas remotas tuvieran muy poco o ningún control oficial. Contra este telón de fondo, la pequeña élite blanca vivía de la administración de haciendas ganaderas, de la agricultura enfocada a los mercados regionales, del comercio legal y del contrabando. Aunque algunos de sus miembros ostentaban títulos en Derecho o Teología, pocos podían considerarse intelectuales o tenían una visión sólo regional. La élite no logró convertirse en una clase hacendada exportadora y se vio debilitada por intereses económicos antagónicos y rivalidades entre regiones. Se dividía igualmente en facciones políticas, primero entre los defensores de un colonialismo español absoluto, los de la autonomía y los de la independencia, como en la década de 1820, entre quienes respaldaban la Constitución de 1821 y los que propugnaban por la Constitución semimonárquica de Bolívar.

Los afrodescendientes también estaban divididos. Una diversidad de ocupaciones que incluía desde dueños de tierras hasta artesanos, jornaleros y esclavos, impedía su movilización colectiva a partir de criterios

de clase y raza. Las categorías raciales coloniales no se superponían a la condición social, ya que negros, mulatos y zambos podían ser esclavos o libres. Para 1800, pocas personas eran africanas de nacimiento, lo que hacía muy tenue la referencia a África como lugar de origen común, incluso entre negros “puros”. Además, los afrodescendientes libres tendían a considerarse a sí mismos como superiores a los esclavos (y a los indios) y a disociar su causa de la de otros miembros de la sociedad con mayores privaciones de sus derechos. En las ciudades, la existencia de una jerarquía sociorracial en el seno de la población libre de color –que adscribía a los negros “puros” a los estamentos más bajos y permitía a algunos mulatos claros y ricos ingresar a la categoría de blancos– impidió su acción conjunta. A la inversa, en muchas áreas rurales los negros, los mulatos y los zambos libres se habían casado entre sí hasta tal punto, y representaban una mayoría tan arrolladora, que las distinciones de color eran más difusas. Sin embargo, debido a que la población rural estaba fragmentada y aislada geográficamente y no tenía forma de influir sobre las relaciones de poder en las ciudades lejanas, la jerarquía sociorracial urbana impidió la movilización en toda la región.

La predominancia demográfica de las mujeres tanto entre la población de esclavos como entre la población urbana de afrodescendientes libres, lo mismo que su importancia socioeconómica en toda la región, ayudan a explicar la preferencia de la gente de color por la improvisación y las estrategias de resistencia relacionadas con la adaptación. Junto con tradiciones culturales no occidentales, la preponderancia femenina en las ciudades y el carácter muchas veces migratorio del trabajo masculino (principalmente la ganadería y el transporte) condujeron a que hubiera un alto índice de hogares encabezados por mujeres. La sociedad y la economía dependían entonces de ellas en su papel de reproductoras –madres– y productoras –trabajadoras–.²³ Dadas las exigencias simultáneas de la maternidad, la crianza y el trabajo, las mujeres de color tendían a centrar su lucha en la supervivencia y en preocupaciones específicas y locales más que en ganar acceso al poder institucional. Esto tuvo un efecto sobre la movilización

²³ La autora ha tomado prestada esta expresión de Félix Matos, *Women and Urban Change in San Juan, Puerto Rico, 1820-1868*, Tallahassee, University Presses of Florida, 1999, p. 2.

general, haciendo que la revuelta masiva no fuera considerada la forma preferida de protesta. De hecho, las mujeres del Caribe colombiano utilizaron hábilmente la ley y los espacios de libertad que existían para obtener ventajas. Durante las guerras, epidemias y sitios que caracterizaron muchos de los años posteriores a 1810, las mujeres fueron decisivas en las estrategias de supervivencia mediante la fuga y la adaptación empleadas por las comunidades locales, que contribuyeron a reducir sustancialmente la pérdida de vidas. Cuando las mujeres eran mucho más numerosas que los hombres, como era el caso entre los esclavos y los libres de color de las principales ciudades, algunas tuvieron hijos con hombres blancos, y contribuyeron así a desdibujar las categorías raciales de la región.

La población indígena se encontraba incluso más dispersa y fragmentada que los libres de color. Las naciones indígenas autónomas de la periferia estaban separadas por enormes distancias y profundas diferencias culturales, aunque no estaban dominadas aún debido a que las autoridades coloniales y republicanas carecían de medios para adelantar cualquier plan contra ellas. Los indios que se asentaron en las poblaciones coloniales tuvieron menos éxito en la conservación de formas de vida propias. Muchas comunidades fueron forzadas a reasentarse o fueron desmembradas durante las campañas españolas de reasentamiento. Como resultado, la mayoría de ellas se convirtieron en pequeños enclaves vecinos a sitios y villas poblados por no indígenas. Sin embargo, algunas comunidades indígenas vieron las guerras de independencia como oportunidades para redefinir sus relaciones con las autoridades y los colonos que las explotaban. En el área de Santa Marta lucharon masivamente por la defensa de España, en tanto que en algunos poblados de la hoya del río Magdalena pelearon por la independencia. Aunque bajo el régimen de la República los indios obtuvieron la igualdad legal, en realidad seguían siendo ciudadanos de segunda. Cuando el Estado comenzó a dismantelar sus tierras comunales en 1833, sus protestas localizadas no revirtieron el proceso, excepto en la frontera.

HISTORIOGRAFÍA

El arduo proceso de formación de la nación colombiana ha recibido la atención académica de muchos historiadores. Anthony McFarlane ha analizado en profundidad la transición de Colombia desde la Colonia

hasta la fragmentación posterior a la Independencia. En 1954, al comienzo de su productiva carrera como colombiano, David Bushnell escribió un estudio vanguardista sobre el experimento de la Gran Colombia (compuesta por Venezuela, la Nueva Granada y Ecuador) después de la independencia en 1821; más tarde publicó, entre otros trabajos, una amplia interpretación de la formación de la Colombia moderna, con el adecuado subtítulo de *A Nation in Spite of Itself (Una nación a pesar de sí misma)*.²⁴ Hans-Joaquim König y Margarita Garrido han examinado magistralmente la formación de la nación a principios del siglo XIX por medio de las Constituciones, los discursos políticos y las reivindicaciones locales. Frank Safford y Jaime Jaramillo Uribe han arrojado luces sobre las contradicciones entre la sociedad y la ideología de las élites. Más recientemente, Víctor Uribe-Urán examinó el papel de los abogados en el proceso de formación de la nación, en tanto que Rebecca Earle ha demostrado que la violencia de la Reconquista española, entre 1815 y 1821, fue un factor determinante para alcanzar la independencia.²⁵ Estos historiadores tienden, sin embargo, a centrarse en la Colombia andina y no tanto en la caribeña.

De hecho, la Colombia caribeña, con su población afrodescendiente, poco se conocía fuera del país hasta la publicación en 1967 de la novela

²⁴ Anthony McFarlane, *Colombia before Independence: Economy, Society, and Politics under Bourbon Rule*, Cambridge, Cambridge University Press, 1993; David Bushnell, *The Santander Regime in Gran Colombia*, Newark, University of Delaware Press, 1954, p. 172; y David Bushnell, *The Making of Modern Colombia: A Nation in Spite of Itself*, Berkeley, University of California Press, 1993. Estos tres libros han sido publicados en traducción española.

²⁵ Hans-Joaquim König, *En el camino hacia la nación: Nacionalismo en el proceso de formación del estado y la nación de la Nueva Granada, 1750 a 1856*, trad.: Dagmar Kusche y Juan José de Narváez, Bogotá, Banco de la República, 1994; Margarita Garrido, *Reclamos y representaciones: Variaciones sobre la política en el Nuevo Reino de Granada, 1770-1815*, Bogotá, Banco de la República, 1993; Frank Safford, "Race, Integration, and Progress: Elite Attitudes and the Indian in Colombia, 1750-1870", *Hispanic American Historical Review*, Durham, Duke University Press, febrero de 1991, vol. 71, pp. 1-33; Jaime Jaramillo, *Ensayos sobre historia social colombiana*, Bogotá, Tercer Mundo, 1989; Víctor M. Uribe-Urán, *Honorable Lives: Lawyers, Family, and Politics in Colombia, 1780-1850*, Pittsburgh, University of Pittsburgh Press, 2000; y Rebecca Earle, *Spain and the Independence of Colombia, 1810-1825*, Exeter, University of Exeter Press, 2000.

Cien años de soledad, del Premio Nobel de literatura Gabriel García Márquez.²⁶ En Colombia, el interés histórico por la región creció a la par con los movimientos de campesinos que en la década de 1970 buscaron retomar el control de sus tierras, apropiadas por latifundistas. Dos estudios del sociólogo Orlando Fals Borda acerca de la población y las formas de producción agraria en la provincia de Cartagena desde comienzos del período colonial, que buscaban proveer de un marco histórico la lucha en curso, propiciaron varios trabajos sobre los efectos socioeconómicos del desarrollo de las haciendas en la Colombia caribeña del siglo XVIII.²⁷ No obstante, fue la publicación de los cuatro tomos de su *Historia doble de la Costa*, entre 1979 y 1986, lo que puso en primer plano la historia social del Caribe colombiano. Concebido como un trabajo militante para promover la movilización social, la *Historia doble* se enfoca en las comunidades rurales de los ríos más que en las clases populares urbanas y los esclavos. Los cuatro tomos minimizan el papel de la raza y las tensiones dentro de las clases populares para hacer énfasis en la democracia de su cultura “anfibia” en contraste con la cultura, presumiblemente más violenta, de la Colombia central andina.²⁸

²⁶ Una excepción es la tesis doctoral de 1951 del geógrafo Theodore E. Nichols, publicada más tarde como *Tres puertos de Colombia: Estudio sobre el desarrollo de Cartagena, Santa Marta y Barranquilla*, Bogotá, Banco Popular, 1973.

²⁷ Orlando Fals Borda, “Influencia del vecindario pobre colonial en las relaciones de producción de la Costa atlántica”, en: Francisco Leal Buitrago *et al.*, *El agro en el desarrollo histórico colombiano: Ensayos de economía política*, Bogotá, Punta de Lanza, 1977, pp. 129-160; y Orlando Fals Borda, *Capitalismo, hacienda y poblamiento en la costa atlántica*, Bogotá, Punta de Lanza, 1976. V. t. Hermes Tovar, *Grandes empresas agrícolas y ganaderas: Su desarrollo en el siglo XVIII*, Bogotá, CIEC, 1980; y Adolfo Meisel Roca, “Esclavitud, mestizaje y haciendas en la provincia de Cartagena, 1553-1851”, en: *El Caribe colombiano: Selección de textos históricos*, ed.: G. Bell Lemus, Barranquilla, Universidad del Norte, 1988, pp. 69-139.

²⁸ Orlando Fals Borda, *Mompox y Loba*, 1979, vol. 1; *El Presidente Nieto*, 1981, vol. 2; *Resistencia en el San Jorge*, 1984, vol. 3; y *Retorno a la tierra*, 1986, vol. 4, en: *Historia doble de la Costa*, Bogotá, Carlos Valencia, 1979-1986. Para una crítica severa al trabajo de Fals Borda, v. Charles Bergquist, “In the Name of History: A Disciplinary Critique of Orlando Fals Borda’s *Historia doble de la Costa*”, *Latin American Research Review*, Albuquerque, University of New Mexico Press, verano 1990, vol. 25, pp. 164-165. Para la respuesta de Fals Borda, v. Orlando Fals Borda, “Comentarios a la mesa redonda sobre la *Historia doble de la Costa*”, en: *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura*, Bogotá, Departamento de Historia de la Universidad Nacional, 1988-1989, núm. 1617, pp. 231-240.

Independientemente de sus límites, la obra de Fals invita a la reflexión y ha generado un renovado interés por la región entre los estudiosos colombianos más jóvenes. Aunque sin abordar directamente el tema de la raza, a finales de la década de 1980 éstos comenzaron a destacar las características caribeñas de la región, que renombraron *Caribe colombiano*, en contraste con los términos neutros de *la costa* o *la costa atlántica* utilizados antes. Entre estos historiadores, Gustavo Bell Lemus (gobernador del departamento de Atlántico a comienzos de la década de 1990) ha estudiado el fracaso de España en su intento de restablecer el control de las provincias caribeñas durante la Reconquista, lo mismo que el impacto de la rivalidad entre ciudades sobre el regionalismo del Caribe colombiano después de la Independencia. Adelaida Sourdís de De la Vega ha producido un trabajo vanguardista sobre Cartagena durante la primera fase del movimiento de independencia. Escribiendo sobre el mismo tema, pero desde una perspectiva más innovadora, Múnera ha enfatizado el conflicto entre las élites criollas de Cartagena y Bogotá y el papel desempeñado por los artesanos mulatos en la independencia de Cartagena en 1811. Adolfo Meisel Roca y María Aguilera Díaz han examinado con minuciosidad la demografía de Cartagena en 1777. Dolcey Romero ha publicado un estudio muy bien documentado sobre la esclavitud en Santa Marta hasta su abolición en 1852.²⁹ Eduardo Posada-Carbó ha estudiado en profundidad el desarrollo socioeconómico y político del Caribe colom-

²⁹ Gustavo Bell Lemus, *Cartagena de Indias: De la Colonia a la República*, Bogotá, Fundación Simón y Lola Guberek, 1991; y “Conflictos regionales y centralismo: Una hipótesis sobre las relaciones políticas de la costa caribe con el Gobierno central en los primeros años de la República, 1821-1840”, en: *El Caribe colombiano: Selección de textos históricos*, op. cit., pp. 39-48; Adelaida Sourdís de De la Vega, *Cartagena de Indias durante la primera república, 1810-1815*, Bogotá, Banco de la República, 1988; A. Múnera, *El fracaso de la nación*, op. cit.; Adolfo Meisel Roca y Margarita Aguilera Díaz, “Cartagena de Indias en 1777: Un análisis demográfico”, *Boletín Cultural y Bibliográfico*, Bogotá, Biblioteca Luis Ángel Arango - Banco de la República, 1997-1998, vol. 34, núm. 45, pp. 21-57; y Dolcey Romero, *Esclavitud en la provincia de Santa Marta, 1791-1851*, Santa Marta, Fondo de Publicaciones de Autores Magdalenenses - Instituto de Cultura y Turismo de Magdalena. Representativos de la historiografía que se centra casi exclusivamente en el papel de la élite, son los estudios de dos miembros de la Academia de Historia de Cartagena: Donald Bossa, *Cartagena independiente: Tradición y desarrollo*, Bogotá, Tercer Mundo, 1967; y E. Lemaître, *Historia general de Cartagena*, op. cit.

biano entre 1870 y 1950.³⁰ Juntos, los trabajos de estos historiadores han dado forma a mi libro de muchas y decisivas maneras, y en los capítulos siguientes considero algunos de sus argumentos específicos.

Hasta hace poco, el interés académico por la historia de los afrocolombianos era escaso. Antes de la aparición de los primeros trabajos sobre el palenque de San Basilio, realizados por Aquiles Escalante (que se inspiró en Melville J. Herskovits), y sobre Chocó, producidos por Rogelio Velásquez, la mayoría de los antropólogos se centraban en las comunidades indígenas.³¹ Desde la década de 1980 Jaime Arocha, Nina S. de Friedemann, Michael Taussig y Peter Wade han escrito sugestivos estudios sobre los negros de la región Pacífica y, en menor medida, del sur de Cauca y la costa del Caribe.³² Por su parte, los historiadores han desatendido con frecuencia la experiencia afrocolombiana, excepto en relación con la esclavitud colonial. Por lo general, los trabajos sobre los afrocolombianos se han enfocado en Chocó, el resto de la costa del Pacífico y las comunidades rurales del sur de Valle del Cauca.³³ Las investigaciones sobre las poblaciones de ascendencia africana mezclada de la costa del Caribe son escasas, salvo las que se ocupan de acontecimientos recientes.

³⁰ Eduardo Posada-Carbó, *The Colombian Caribbean: A Regional History, 1870-1950*, Nueva York, Oxford University Press, 1996.

³¹ A. Escalante, *op. cit.*; Rogelio Velásquez Murillo, “La canoa chochoana en el folclor”, *Revista Colombiana de Folclor*, Bogotá, Instituto Colombiano de Antropología e Historia, 1959, núm. 3, pp. 107-126.

³² Nina S. de Friedemann y Jaime Arocha, *De sol a sol: Génesis, transformación y presencia de los negros en Colombia*, Bogotá, Planeta Colombiana, 1986; Michael Taussig, *The Devil and Commodity Fetishism in South America*, Chapel Hill, University of North Carolina Press, 1980; P. Wade, *Blackness and Race Mixture: The Dynamics of Racial Identity in Colombia*, *op. cit.*; y *Music, Race, and Nation: Música Tropical in Colombia*, *op. cit.*

³³ V., por ejemplo, William F. Sharp, *Slavery on the Spanish Frontier: The Colombian Chocó, 1680-1810*, Norman, University of Oklahoma Press, 1976; David L. Chandler, *Health and Slavery in Colonial Colombia*, Nueva York, Arno, 1981; Anthony McFarlane, “Cimarrones and Palenques: Runaways and Resistance in Colonial Colombia”, *Slavery and Abolition*, Londres, F. Cass, 1985, vol. 6, pp. 131-151; y Francisco U. Zuluaga R., *Guerrilla y sociedad en el Patía: Una relación entre clientelismo política y la insurgencia social*, Cali, Universidad de Valle, Facultad de Humanidades, 1993.

En un estudio sobre las estructuras familiares y culturales en Colombia, que hoy es un clásico a pesar de cierto determinismo, Virginia Gutiérrez ha situado decididamente la región del Caribe dentro del “complejo cultural negroide” del país, junto con la región del Pacífico.³⁴ Centrándose en la Cartagena de 1970, los sociólogos Mauricio Solaún y Sydney Kronus han sostenido que las relaciones raciales fluidas y “amables” de la ciudad han evitado el surgimiento de un racismo fuerte y de una violencia racial organizada. Dos décadas más tarde, Joel Streicker ha concluido que la discriminación y los prejuicios raciales permean la sociedad cartagenera, aunque estos están codificados en un discurso de clase y género. Más recientemente, Elizabeth Cunin ha mostrado cómo en Cartagena, a partir de la Ley 70, la apropiación que hicieron los palenqueros de la negritud ha quitado a los demás negros la posibilidad de reivindicar su identidad racial y de protestar contra el racismo.³⁵

PROPÓSITO Y RESUMEN

Este libro examina el desarrollo histórico del Caribe colombiano desde la perspectiva comparativa de las Américas. Se sitúa dentro de la creciente labor de investigación sobre el papel de la élite y las clases populares, así como del regionalismo, en la formación de los procesos de independencia en Latinoamérica, que ha producido importantes trabajos acerca de México, Perú, Brasil y Cuba, pero se ha enfocado poco en Colombia, un país trascendental aunque poco estudiado.³⁶ Después de 1819, el Caribe

³⁴ Virginia Gutiérrez de Pineda, *Familia y cultura en Colombia*, Bogotá, Instituto Colombiano de Cultura, 1975, pp. 225-352.

³⁵ Mauricio Solaún y Sidney Kronus, *Discrimination without Violence : Miscegenation and Racial Conflict in Latin America*, Nueva York, Wiley, 1973; Joel Streicker, “Policing Boundaries: Race, Class, and Gender in Cartagena, Colombia”, *American Ethnologist*, Arlington, The American Ethnological Society, 1995, vol. 22, pp. 54-74; y E. Cunin, *op. cit.*

³⁶ V., por ejemplo, Peter F. Guardino, *Peasants, Politics, and the Formation of Mexico's National State: Guerrero, 1800-1857*, Stanford, Stanford University Press, 1996; y Charles F. Walker, *Smoldering Ashes: Cuzco and the Creation of Republican Peru, 1780-1840*, Durham, Duke University Press, 1999. Para una excelente discusión de la literatura sobre la formación de la nación y la ciudadanía en la América Latina del siglo XIX, v. Hilda Sabato, “On Political Citizenship in Nineteenth-Century Latin America”, *American Historical Review*, Washington, The American Historical Association, University of Chicago Press, octubre de 2001, vol. 106, pp. 1290-1315.

colombiano, escasamente conectado con el resto del país, podría haberse convertido en una región fuerte y unida –quizá incluso en una nación separada–, con una economía, una composición racial y una cultura propias. Sin embargo, no fue así. Basándome en el análisis de Wade sobre la regionalización de la raza en Colombia, demuestro que, en un sistema racial nacional en el cual el mestizaje se entiende como el blanqueamiento progresivo mediante la mezcla de blancos e indios, el silencio de la élite y de las clases populares sobre el componente afrocaribeño de la región permitió que ésta fuera menospreciada por el interior andino como espacio “mulato” y estimuló el racismo contra los pobres de ascendencia africana aparentemente “pura” en la sociedad de la costa.

Este estudio complementa la historiografía de las sociedades afrodescendientes, que por lo general se ha concentrado en las sociedades esclavistas (con una pequeña pero poderosa élite de hacendados y una proporción importante o predominante de esclavos de origen africano), como las de la mayoría de las islas del Caribe y el sur de Estados Unidos. Allí, aunque la minoría de afrodescendientes libres permaneció dividida internamente y pocas veces asoció su lucha por la igualdad a la lucha de los esclavos por la abolición de la esclavitud, la raza se convirtió en una categoría organizacional después de la Independencia. En este libro examino una sociedad en la que había esclavos, pero que estaba compuesta en su mayor parte por afrodescendientes libres, y en la que el origen africano no ha sido un factor de identidad para la organización política. Expongo la diversidad que prevalece en una sociedad multirracial en la cual la esclavitud fue sólo uno de los sistemas de trabajo, y muestro la creciente dificultad que esta diversidad representaba para la movilización popular. Ofrezco también puntos de referencia para comprender los procesos de independencia y abolición de la esclavitud en Venezuela, una nación caribeña-andina con una significativa población de ascendencia africana mezclada, que, lo mismo que Colombia, ha recibido poca atención académica. Por otra parte, el examen que hago de la compleja configuración de circunstancias que dieron lugar a una débil conciencia de raza en el Caribe colombiano enriquece la amplia investigación sobre Brasil, que ha resaltado el papel de la “válvula de escape de los mulatos”, el clientelismo y el patronazgo, lo mismo que de la frontera abierta, como factores que

impidieron la movilización basada en la raza y estimularon a la vez el racismo contra los negros.³⁷

Este libro amplía la investigación sobre las sociedades de frontera y la resistencia de los indios al colonialismo estudiando un caso en el cual la frontera permaneció sin conquistar. En el Caribe colombiano el problema ha radicado en “abrir una frontera” que ofrecía pocas oportunidades de riqueza diferentes a las del contrabando y que estaba habitada por proscritos y naciones indias insubordinadas.³⁸ A diferencia de Argentina o Estados Unidos, en el Caribe colombiano no existía la presión de una creciente población blanca dispuesta a asentarse en la frontera, ni tampoco el Estado tenía los medios para conquistarla y “civilizarla”, como sucedió en Brasil. Como resultado, la frontera caribeña ha sido dominada hasta el presente por grupos indígenas y marginales; simultáneamente, su marginalidad y aislamiento explican su continua importancia para las actividades ilegales.

Por último, este estudio toma parte en el debate sobre la resistencia de los esclavos iniciado por Eugene Genovese, que otorga un papel central a las Revoluciones francesa y haitiana en el estallido de las rebeliones de esclavos después de 1790.³⁹ En el Caribe colombiano los ideales de 1789 y 1804 encontraron más acogida entre los libres de color que entre los esclavos. A pesar de los temores de los blancos, ninguna revuelta surgió siguiendo las líneas haitianas, ya que no se conformaron alianzas entre la minoría de esclavos y la mayoría de libres de color, y debido a que la fuga a la frontera incontrolada, la automanumisión (autocompra) y el alistamiento en los ejércitos español y patriota ofrecían oportunidades para la liberación individual. En realidad, como lo han señalado Michael Craton

³⁷ La expresión “mulatto escape hatch” (válvula de escape de los mulatos) proviene de la obra de Carl N. Degler, *Neither Black nor White: Slavery and Race Relations in Brazil and the United States*, reimpresión: Madison, University of Wisconsin Press, 1986.

³⁸ Sobre fronteras, *v.*, por ejemplo, Donna J. Guy y Thomas E. Sheridan, eds., *Contested Ground: Comparative Frontiers on the Northern and Southern Edges of the Spanish Empire*, Tucson, University of Arizona Press, 1998.

³⁹ Eugene D. Genovese, *From Rebellion to Revolution: Afro-American Slave Revolts in the Making of the Modern World*, Baton Rouge, University of Louisiana Press, 1980.

y David Geggus, los factores que condujeron a las revueltas de esclavos eran complejos y con frecuencia miraban simultáneamente hacia el futuro y hacia un pasado idealizado. Es más, las condiciones que hicieron posible la Revolución haitiana fueron únicas. Por esta razón no es sorprendente que aunque ésta fue seguida de una oleada de conspiraciones y revueltas genuinas y presuntas en todo el Gran Caribe, en ninguna parte tuviera lugar un levantamiento masivo hasta la rebelión de Bussa en Barbados en 1816, la insurrección en Demerara en la Guayana británica en 1823 y la Guerra Bautista de Jamaica en 1831-1832, cuyas condiciones fueron muy distintas.⁴⁰

La contribución que este libro hace al naciente campo de los estudios de género durante la transición de la esclavitud al trabajo libre y del colonialismo a la independencia en América Latina es más limitada de lo que yo hubiera querido, debido a que la mayor parte de los documentos que encontré se referían sólo a hombres. No obstante, mis descubrimientos concuerdan con los estudios que hacen énfasis en la continuidad de las condiciones de las mujeres y sus actuaciones públicas desde la Colonia hasta la Independencia, y se ajustan a los análisis recientes sobre el papel económico fundamental de las mujeres y su ejercicio activo de la ciudadanía. Demuestro no sólo la extraordinaria importancia demográfica y económica de las mujeres en las principales ciudades del Caribe colombiano, sino también su influencia en el espectro más amplio de la sociedad para definir la cultura y las estrategias de movilización, resistencia y adaptación que aspiraban a la supervivencia más que a la obtención de derechos individuales y de acceso al poder institucional.⁴¹

Los primeros tres capítulos del libro analizan las dinámicas del poder, la raza y la clase en la Nueva Granada caribeña, comenzando desde la frontera no conquistada y avanzando progresivamente hacia las principales ciudades de la región. El Capítulo 1 examina las comunidades indias

⁴⁰ David P. Geggus, "Slavery, War, and Revolution in the Greater Caribbean, 1789-1815", en: *A Turbulent Time: The French Revolution and the Greater Caribbean*, eds.: David Garry Gaspar y David P. Geggus, Bloomington, Indiana University Press, 1997, pp. 1-50; y Michael Craton, *Testing the Chains: Resistance to Slavery in the British West Indies*, Ithaca, Cornell University Press, 1982, pp. 241-253.

⁴¹ V., por ejemplo, Arlene J. Díaz, *Female Citizens, Patriarchs, and the Law in Venezuela, 1786-1904*, Lincoln, University of Nebraska Press, 2004.

y de fugitivos establecidas en la vasta frontera del Caribe colombiano y la incapacidad de los españoles durante el siglo XVIII para conquistarlas militar, política y espiritualmente. El Capítulo 2 analiza la zona rural, destacando la fragmentación extrema del territorio de la región y su tejido social. Documenta igualmente la expansión en el siglo XVIII de los feudos y las haciendas esclavistas, en contraste con la autoridad limitada del Estado y la Iglesia, y considera las estrategias de las clases populares para resistir la pérdida de tierras y la imposición cultural. Considerando la ciudad como el centro del Estado, de la Iglesia y del poder de la élite blanca, el Capítulo 3 compara la cultura y la estructura sociorracial de Cartagena, Mompo, Santa Marta, Riohacha y Valledupar para explicar la permanente rivalidad entre estas ciudades. Este capítulo considera igualmente los diferentes medios empleados por los libres de color y los esclavos, particularmente las mujeres, para desafiar el Gobierno de la élite blanca y buscar individualmente, y en ocasiones en forma colectiva, la libertad y la igualdad.

El Capítulo 4 se centra en la primera independencia de la Nueva Granada caribeña (1810-1821), y compara los procesos antagónicos de independencia en Cartagena y Mompo, contrastándolos con la continua lealtad de Santa Marta hacia España. Se examina cómo las divisiones de la élite y las guerras entre subregiones impidieron la formación de un proyecto regional común. Simultáneamente, este capítulo discute las divisiones de clase, raza y género, así como las fuerzas del localismo y el patronazgo, para explicar por qué los libres de color y los esclavos no aprovecharon el desorden generalizado para imponer su dominio y poner fin a la esclavitud en el conjunto de la región. Se muestra cómo la brutal Reconquista Española en 1815 y el empeño en la guerra, hasta la independencia en 1821, debilitaron aún más a la élite caribeña en los ámbitos regional y nacional y llevaron a los afrodescendientes a recurrir cada vez más a la desertión, la fuga hacia la frontera y a estrategias individuales de supervivencia.

Los dos últimos capítulos consideran los logros y límites de la Primera República (1821-1835) desde la perspectiva de la Nueva Granada caribeña en general, y los aspectos de raza y clase. El Capítulo 5 analiza el impacto de la Constitución de 1821 y las primeras reformas republicanas de la Gran Colombia en la región del Caribe dentro del contexto amplio del temor de la élite a una revolución que siguiera las líneas haitianas.

Examina también los diferentes sentidos que los libres de color dieron a su nueva igualdad legal y cómo lucharon más para reponerse de la devastación de la guerra que para ganar poder. La débil presencia de la Iglesia y el Estado y una clase de hacendados a la que le tomó tiempo recuperarse de la guerra, explican también la ausencia de un conflicto sociorracial abierto en la región. El Capítulo 6 analiza el desafío del general pardo José Padilla a la jerarquía sociorracial cartagenera en 1824 y 1828 y su posterior caída, que condujo a su ejecución en 1828, resaltando el papel desempeñado en el proceso por la raza y por el temor de Bolívar a la pardocracia. El capítulo pasa luego a un examen del creciente reto que Riohacha, Mompo y varias poblaciones de la hoya del Bajo Magdalena planteaban a Cartagena como capital del recién creado departamento de Magdalena, el cual culminó en una exitosa revolución en 1831. Lanzada con las banderas del liberalismo, la revolución se valió del martirio de Padilla para reunir a sus seguidores, pero evitó cuidadosamente mencionar los temas de la igualdad racial y la libertad de los esclavos. Aunque terminó con la centralización en Cartagena, que había sido estipulada por la Constitución de 1821, la revolución reforzó también la alineación de la región del Caribe con la política bipartidista de la Nueva Granada andina iniciada por los proyectos antagónicos de Bolívar y el general Francisco de Paula Santander.

La Conclusión considera el caso de la Nueva Granada caribeña con respecto a otras sociedades multirraciales de las Américas que contaban con una importante población de ascendencia africana durante la Era de la Revolución. Analiza la razón por la cual el Caribe no se convirtió en una región fuerte dentro de la Nueva Granada independiente. Examina, una vez más, las razones que llevaron a los afrodescendientes libres a lograr la igualdad legal al inicio de la República, a diferencia de los esclavos que obtuvieron la libertad sólo tres décadas más tarde. Finalmente, la Conclusión destaca cómo la fragmentación territorial, el provincialismo, el patronazgo, la existencia de una extensa frontera y el contrabando impidieron la movilización de las clases populares contra una élite blanca en apariencia vulnerable.